

El erotismo en la obra de Georges Bataille: una perversión positiva

Fco. Javier Larios Medina

Facultad de Letras. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Resumen

En este trabajo se busca exponer el pensamiento y concepción del escritor francés Georges Bataille en torno al erotismo. Tomando como hilo conductor su pensamiento filosófico y la manera en que ese lúcido pensamiento heterodoxo lo plasmó en su obra literaria. Tratamos de mostrar las relaciones conceptuales entre cuerpo, erotismo y pensamiento. Así como la forma original de interpretarlos al margen de la tradición ortodoxa de la civilización judeo-cristiana-occidental.

Interdicto y transgresión son los dos principios sobre los cuales Georges Bataille funda su concepción del erotismo. El lazo erótico que él saca a la luz entre sexualidad y procreación, por una parte y, horror y muerte del otro; hasta llegar al fin del éxtasis, en donde nos perdemos en el gozo, es necesario poner un límite: el del horror. Bataille retoma bajo el signo de sexo y angustia, con imágenes y relatos, las violentas dualidades: nacimiento, muerte y pulsión de vida, pulsión de muerte; en donde se encuentra atrapado el ser humano. Como se encuentran sus personajes literarios, buscando por la ruta del mal el camino de la soberanía.

Palabras Clave: Filosofía, literatura, erotismo, lo sagrado, transgresión.

Abstract

This work seeks to expose the thought and conception of the French writer Georges Bataille around eroticism. Taking as his philosophical thinking and the way in which this lucid heterodox thought reflected in his literary work. We try to show the conceptual relationships between body, eroticism, and thinking. As well as the original way to interpret them on the fringes of the Orthodox tradition of Western Jew-Christian civilization.

Interdict and transgression are the two principles on which Georges Bataille bases his conception of eroticism. The erotic tie that he brings to light between sexuality and procreation, on one side and, horror and death of another; until you reach the end of the ecstasy, where we get lost in the joy, is necessary to put a limit: the horror. Bataille takes up under the sign of sex and angst, with images and stories, the violent dualities: birth, death and life drive; where human beings are trapped. How his literary characters are, searching for the path of evil the way of sovereignty.

Key words: philosophy, literature, erotism, sacred, to break

¿Y quién es Georges Bataille?

Georges Bataille (1897-1962), fue un pensador, antropólogo y escritor francés. Trabajó casi toda su vida de bibliotecario y escribió mucho tiempo al margen del mundo académico de su tiempo. Sus primeras obras fueron editadas en tirajes reducidos y firmadas bajo seudónimos. En su formación intelectual, recibió fuerte influjo de autores como Hegel, Marx, Nietzsche, Sade y Freud principalmente. Fundó y dirigió importantes revistas en diferentes disciplinas. Militó en el movimiento surrealista francés, hasta que una fuerte polémica con André Breton lo llevó a ser expulsado del grupo, para regresar después de la reconciliación a trabajar proyectos en común. Colaboró con los comunistas durante el frente popular. La extrañeza de su obra y su propio clandestinaje literario, lo ubicaron en la periferia de la cultura europea de la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, poco a poco su pensamiento fue interesando a las nuevas mentalidades francesas. Poco comprendido en un principio, el mismo Jean Paul Sartre lo llamó: *un nuevo místico metafísico*. Sólo después de su muerte, algunos filósofos estructuralistas y postestructuralistas como Roland Barthes, Michel Foucault y Jaques Derrida, iniciaron una lectura reivindicadora de sus textos. Actuales estudiosos de Bataille citan a Foucault, como en este caso Rafael Conte, para mostrar la importancia de su lúcido pensamiento.

Hoy ya lo sabemos: Bataille es uno de los escritores más importantes del siglo. *La historia del ojo*, *Madame Eduarda*, han roto el hilo del relato para **contar lo que nunca había sido contado**; *La Summa Atheológica* ha hecho entrar el pensamiento en el juego –en ese juego arriesgado- de lo extremo, de la culminación, de la transgresión; *El erotismo* nos ha dado un Sade más próximo y más difícil. Debemos a Bataille gran parte del momento en el que nos encontramos; y mucho de lo que queda por hacer, decir y pensar, le es debido sin duda, y lo será durante mucho tiempo. Su obra crecerá sin cesar (Bataille, 1977: 9).

En su momento, Martin Heidegger lo llegó a considerar la mejor cabeza pensante francesa. Sus obras completas han sido publicadas por la prestigiosa casa editorial Gallimard y consta de doce volúmenes de seiscientas páginas –aproximadamente- cada uno. Con lo cual tenemos una idea más precisa de la importancia de este autor así como de su valiosa y abundante producción.

Introducción

Hablar de la obra de Georges Bataille, exige hablar de una *experiencia total* en la que se ven inmiscuidos la razón y los sentidos, la sensibilidad y la imaginación; el pensar y el sentir. La filosofía batailleana es un esfuerzo significativo por pensar todo aquello que escapa a la ortodoxia y tradición de la filosofía: la parte maldita del ser humano y el reverso del pensamiento. Él deseaba crear una *Summa Atheológica* mediante un pensamiento paradójico que le posibilitara alcanzar el objetivo último: *lo imposible*.

Lograr ese objetivo se vuelve asimismo un imposible en la medida que el ejercicio de este *filosofar*, exige arder y consumirse del todo en “la experiencia interior”, donde la ausencia de Dios es la única constante que deja al hombre a expensas de su propia orfandad. Y si el vicio y la perversión son permanentes en la vida de sus personajes literarios es debido a que mediante ellos, el ser humano intenta rebasar los límites que le circundan y que se manifiestan en forma de interdictos.

La actualidad de Georges Bataille radica en esta búsqueda del ser humano por los caminos del Mal, es decir, por la ruta de la absoluta soberanía y rebasando todos los interdictos –no únicamente formales y materiales- sino también de aquellos interdictos que limitan y someten el acto de pensar a una sola ruta, aquella de la ortodoxia, segura y cómoda pero esterilizante y esclerótica, por ende, poco estimulante e imposibilitada de generar nuevos saberes.

El reto es pensar lo impensado: el detritus, el sacrificio inútil, la sordidez de esta y otra realidad...Transgredir la tradición milenaria de la teología y reírse descaradamente del desorden de Dios y del constante desatino de los hombres frente a su pedante estupidez. Para eso le sirve el ensayo, pero también la narrativa y la poesía.

No podríamos separar el Bataille literato pornográfico del Bataille filósofo irreverente y contestatario, sin darnos cuenta, o siquiera sospechar, de que él está desarrollando en la literatura, las ideas que la filosofía deja trucas o incompletas tanto en el tratado como en el ensayo filosófico. Todo saber necesita de su contrario-complemento, para justificarse de esa manera. El *saber* que palpita en la obra batailleana se complementa con el *no-saber* cuya categorización supera el concepto del Saber, para posesionarse y posicionarse en la frontera de lo imposible, es decir, el vacío total. Sin embargo, existe una primera certeza, que es incuestionable y que se afianza en la certeza del cuerpo propio y en los otros que no son yo, pero que me circundan inevitablemente.

Al entrar en el no-saber, sé que borro las figuras de un cuadro negro. Pero la obscuridad que cae así no es la del aniquilamiento, ni siquiera “la noche donde todos los gatos son pardos”. Es el gozo de la noche. No es más que la muerte lenta, la muerte que es posible, lentamente, gozar. Y *aprendo*, en la lentitud, que la muerte apoderándose de mí no sólo era lo que le faltaba a mi saber, sino también a la profundidad de mi alegría. Sólo lo aprendo para morir; sé que sin ese aniquilamiento ya de todo pensamiento, mi pensamiento sería un parloteo servil, pero no conocería mi último pensamiento porque él es la muerte del pensamiento (Bataille, 2001:79).

Bataille fue un filósofo que renegó de la filosofía, pero no tuvo otro remedio que escribir como filósofo. Para entender esta actitud es inevitable remitirse a la conferencia dictada en *El Collègue Philosophique de Paris* en la primavera de 1955, titulada: “La Santidad, el Erotismo y la Soledad”, e incluida en su libro *El erotismo (1957)*. En dicha conferencia Bataille enuncia y deslinda su posición definitiva (recordemos que sobrevivirá, a partir de entonces, solamente siete años) ante la filosofía. Nuestro autor entiende el filosofar como una experiencia entre tantas otras. Tal experiencia ha tenido por principio asumir la totalidad de los conocimientos, considerándolos más allá de una yuxtaposición en la memoria; esa experiencia sería vivida como una operación sintética. Sin embargo este principio apenas puede mantenerse con gran esfuerzo. Ya que cada día es más evidente que la filosofía se convierte en “una disciplina especializada” parecida a todas las demás. Y sobre

todo, resulta cada vez más difícil adquirir la totalidad de los conocimientos humanos, ya que estos aumentan sin medida y paulatinamente se vuelven más especializados. Este fenómeno es el que particularmente ha llevado a la filosofía a alejarse de la vida. Y alejarse en este caso significa permanecer ajeno a los estados de emoción más intensos que puede experimentar el ser humano: la santidad y el erotismo. Él mismo lo pone en énfasis, al subrayar que la filosofía es la suma de los todos posibles, en el sentido de una operación sintética. Al parecer Bataille, busca en el mismo pensamiento del idealista absoluto alemán, Hegel, los elementos que permitan legitimar filosóficamente su propuesta: una filosofía que en lugar de aspirar a todo el cúmulo del saber, logre ser la totalidad de las experiencias y no un saber totalmente especializado sobre una sola experiencia. Es decir, ayuntar en una misma actividad el filosofar y el vivir. Pero no un filosofar sobre el vivir.

El esfuerzo especializado que realiza el filósofo se contrapone a la búsqueda del santo, que no busca la eficacia, como aquél, sino que obedece al deseo que le anima al capricho; en esto, el santo se asemeja al hombre del erotismo. Este último actúa a favor del capricho y se olvida de la eficacia. En este sentido, nuestro pensador apuesta más al capricho y al deseo, porque estos dos son los provocadores de la “experiencia interior”.

“Lo que nunca ha sido contado”

¿Qué es lo que en la literatura, a lo largo de su historia, nunca ha contado? Probablemente sean los residuos o detritus de la cultura. Lo que el disimulo de la cultura oculta y no quiere ver. Aquello que al ocultarse, no debe ser nombrado. Por vergüenza es lo que el hombre siempre oculta. En la lengua española existe una frase acuñada: “Ocultas tus vergüenzas ante los ojos indecentes...” y esas vergüenzas son los orificios del cuerpo que abren el ser a un exterior. Principalmente los ojos y el sexo. Pero también el ano por donde se expulsan los excrementos de lo que antes fueron nuestro alimento y sustento biológico. Todo esto es lo que narra Bataille y que nadie –de buen gusto- se había atrevido a contar. Pero eso, que escandaliza a las buenas conciencias, es solamente lo anecdótico, lo esencial es la constante transgresión de los personajes que a través del desorden de los cuerpos, llegan a lo sagrado por medio de la obscenidad y del mal.

Bataille se inscribe en la tradición de los poetas malditos, pero va más allá que ellos. Ya que si Rimbaud pugnaba por el desorden de los sentidos, nuestro autor llevará

este desorden de los sentidos hacia la experiencia interior y hará de la experiencia corporal, una experiencia religiosa, es decir, sagrada.

El erotismo es esencialmente uno de los aspectos de la vida interior. Lo confundimos porque nos lleva sin cesar afuera, a esos *objetos* que son los cuerpos y los amantes, pero si nos adentramos en lo más íntimo de esta vida que oponemos superficialmente, exteriormente, a nuestra vida de fuera, ¿no recurrimos al menos a alguna imagen del *amado* o de la *amada*? Este error es más importante de lo que parece. En principio, la experiencia interior que un ser humano hace del erotismo es superficial, pero sólo es así si así se quiere... Y si por el contrario queremos conseguir un ahondamiento decidido, en fin, consciente, de este terreno infinitamente fulgurante que es la posibilidad interior de un hombre, no solamente debemos perseguir la imagen divinizada del *amado*, sino la humana verdad de los amantes, de los amantes y de sus desnudeces secretas (Bataille, 1996: 57-58).

Esa es la búsqueda de Bataille a través de sus personajes y de narrar *La historia del ojo*: la verdad de los amantes, que es la verdad de los cuerpos que aspiran a la *discontinuidad*. En este sentido, la verdad de eros es absoluta. Y la honradez de la carne se encuentra fuera de toda sospecha. Los cuerpos son honrados y nunca mentirán.

La literatura como transgresión

La síntesis de la expresión batailleana se caracteriza por reunir en un mismo gesto tres diferentes transgresiones. Esta triple transgresión no es más que un encadenamiento de excesos: la vida es traspasada por el pensamiento, el pensamiento por la escritura y la escritura por el texto. Bataille obliga a que este mismo gesto se lleve a cabo en el lector, pero en sentido contrario al movimiento que él mismo ejecuta transgresivamente. Dicho acto no pasa desapercibido para uno de los críticos y conocedores de la obra del filósofo francés: Juan García Ponce, quien detecta que la narrativa de Bataille es una escritura que atenta contra sí misma en la medida en que se propone ser su propio imposible.

Hay narraciones que sólo existen a través de su propia imposibilidad y la convierten en la meta a la que se busca llegar. Para ellas el hecho de contar es contrario a la esencia de la narración, algo que no se puede tocar sino sólo encerrar girando a su alrededor. Esto es lo que ocurre en las obras

narrativas de Georges Bataille. Lo que él cuenta está siempre en los límites de la cultura, es indecible y atenta contra la capacidad del lenguaje para crear la norma sobre la que se levantan los principios de la civilización (García Ponce, 1988: 254).

Nuestra referencia a la obra narrativa de Bataille no es impertinente ni gratuita, sino que obedece a la intención de mostrar que entre su trabajo narrativo y su obra reflexiva no existe una tajante delimitación. Pues los postulados que en general podemos clasificar como filosóficos, se hallan plasmados y desarrollados literariamente en las obras narrativas. Nuestro escritor se dirigirá a crear esos estados extremos, dentro de los que se encuentra una ausencia de significado, que permita mostrar lo ininteligible, expresándolo. Pero al crearse este propósito el mismo movimiento hace imposible la tarea del escritor. Lo ininteligible, al ser expresado, se convierte siempre en una positividad, en una forma que se sirve de los términos de la razón y lo que busca es permanecer en lo negativo, quedarse inmóvil o encontrar un movimiento que reproduzca el carácter de la inmovilidad, para mostrar y hacernos sentir y compartir por medio de nuestras sensaciones aquello que se expresa a sí mismo como una pura negación. Mantenerse dentro de esta pura negación es un equivalente del silencio. Pero convertir el silencio en voz y palabra escrita implica traicionar ese silencio, hacer que sea un rumor, un murmullo. Y Bataille se debate en este contrasentido. Cuando acceda al éxito como narrador, habrá fracasado la intención de aquello que narra.

Es indudable que en la narrativa batailleana –aún en la más violenta, desenfrenada y surrealista, como *La Historia del Ojo* (1928), subyace una intensa, original y lúcida forma de pensar, es decir, una ruta de meditación o forma de pensamiento no asimilable a ningún sistema de conocimiento convencional. Una interpretación que tiene por objeto un no-objeto (imposible) y por fundamento, un no-fundamento (ya que ha refutado las seudopartidas de la Filosofía) es un pensamiento que sin ser la negación de la filosofía, en el sentido de refutarla, pretende ser su negación. De ahí que aclaremos que el pensamiento de Bataille no es una antifilosofía, por muy asistemática que se presente, sino sobre todo un descabezamiento de la Filosofía, es decir, una filosofía acéfala. Tal como lo afirma Salvador Elizondo, es una filosofía del juego, tal vez, juego de la filosofía; filosofía de la risa, quizá risa de la filosofía; filosofía del no-saber y finalmente, puesta en juego de la filosofía paradójal.

En *La historia del ojo* se describen acciones y situaciones poco comunes entre los tres principales personajes, que en un torbellino de desnudeces, micciones, masturbaciones y orgasmos dementes y liberadores, llegan al crimen como

sacrificio sagrado y apoteosis de las transgresiones liberadoras. Y si la expulsión de los detritos corporales es una forma de purificación, el erotismo violento se presenta reiteradamente, como acto propiciatorio de la sacralización.

Pensar y vivir el erotismo

El erotismo es antes que todo un ejercicio o intento de comunicación. Es la instancia que posibilita la estructuración de un lenguaje primordialmente sustentado en los cuerpos. Por eso es de una simpleza elemental afirmar que sin cuerpos no hay erotismo de ninguna naturaleza. Ya que resulta indispensable iniciar estas reflexiones con ideas básicas que nos ayuden posteriormente a ir armando el edificio que soporte las ideas de Bataille en torno al fenómeno del erotismo. Hay por principio, en la obra de nuestro autor, una paradoja respecto a la comprensión del erotismo, puesto que lo concibe como algo que se define por el secreto, y considera que el término introduce una expectación equívoca.

Parto esencialmente del principio según el cual el erotismo nos deja en la soledad. El erotismo es al menos aquello de lo que es difícil hablar. Por razones que no son únicamente convencionales, el erotismo se define por el secreto. No puede ser público. Podría citar ejemplos contrarios, pero, de cualquier modo, la experiencia erótica se sitúa fuera de la vida corriente. En el conjunto de nuestra experiencia, permanece esencialmente al margen de la comunicación normal de las emociones. Se trata de un tema prohibido (Bataille, 1985:186).

Durante gran parte de la historia, la humanidad ha vivido bajo el signo del sometimiento. Todo lenguaje nace con la finalidad de ser un medio de comunicación, pero la sociedad lo transforma en un instrumento de control que sofoca y “culturaliza” toda señal de rebeldía de los instintos vitales. De esta manera, el lenguaje en lugar de unir, separa; en vez de liberar, esclaviza. Es entonces que el sentido latente de los cuerpos busca otros medios, diferentes a la palabra, para manifestarse desde lo profundo del inconsciente a donde lo remitieron las buenas conciencias y los policías del pensamiento políticamente correcto. La escritura es entonces sinónimo de todas las comunicaciones no verbales: la telepatía, el sexo, la risa, etc., por las cuales el otro pasa a ser nosotros mismos, eliminando las distancias que el “yo” y el lenguaje verbal produjeron. A este tipo de escritura es a la que nos remite Bataille cuando se posiciona en contra de un lenguaje manipulador y represivo. Contra el orden y la búsqueda de un sentido, él propone y antepone el

desorden y el no-sentido. A partir de ello, la literatura deja de ser un juego recreativo o un ingenioso trabajo de la imaginación y se convierte en un ejercicio reivindicativo de los cuerpos y en auténtico e intenso instrumento de liberación. Es el camino que lleva a transgredir los límites impuestos; el vértigo enloquecedor, así como el conjurador de nuestras soledades aisladas y cautivas. Bataille se echa a costas el trabajo de crear y recrear otro lenguaje: el discurso del inconsciente liberado, dicho de otra manera, es el discurso que subyace a la locura. Por eso es que un cuerpo que busca la genuina expresión interior, evitando la censura, se convierte en un ser transgresor que no reconoce sus límites, y se lanza resuelto a la aventura de la libertad al cobrar conciencia de la necesidad de recuperar su soberanía. Donde hay un cuerpo que no habla en absoluta y total libertad, se oculta miserablemente un corazón que no siente.

Todo cuerpo es un objeto del deseo que busca afanosamente “su propio objeto de deseo” para tender un puente existencial y afectivo entre su soledad y la soledad del otro. Desde esta concepción podemos afirmar, parafraseando al poeta mexicano Xavier Villaurrutia, que la humanidad es un inmenso archipiélago de soledades. Y es justamente, esta profunda soledad la que fundamenta al hombre junto con una total ausencia de sentido. Para Bataille el cuerpo no reduce únicamente al sustrato material de la carnalidad, ni a la entidad ontológica anclada en la *cosidad*, sino que al cuerpo le es inmanente la espiritualidad y por lo tanto se ubica más allá de la bestia. El ser humano no puede ser reducido a cosa.

Sólo el animal es, en el mundo presente, reducible a una cosa. Un hombre puede hacer con él lo que quiera sin limitaciones, no debe por ello dar cuentas a nadie. Puede saber en el fondo, que el animal que mata no difiere tanto de él. Pero aun cuando admite formalmente la similitud, su reconocimiento furtivo es en seguida contradicho por una negación fundamental y silenciosa. A pesar de creencias opuestas, el sentimiento que coloca el espíritu en el hombre y el cuerpo en la bestia no es nunca puesto en cuestión más que en vano. El cuerpo es una cosa, es vil, avasallado, es servil, del mismo orden que una piedra o un trozo de madera. Sólo el espíritu cuya verdad es íntima, subjetiva, no puede ser reducido a la cosa. Es sagrado, mientras que el cuerpo permanece profano, que no se hace él mismo sagrado hasta el momento en que la muerte revela el valor incomparable del espíritu (Bataille, 1985:378).

En esta visión dicotómica sobre el hombre que expone nuestro autor, el cuerpo se ubica en el polo opuesto del espíritu. La sexualidad entonces, es entendida como

cosa que se sustenta en el cuerpo y presenta una seria dificultad cuando se sabe que ha escapado al control del espíritu humano. Es verdad, la violencia con que irrumpe la sexualidad en el cuerpo rebasa las fronteras así como los dominios del espíritu y la razón. Sin embargo, Bataille no acepta que el sexo sea una cosa, porque para él el sexo es sagrado y porque la sexualidad es lo que hace del hombre un animal sacro.

Desde este punto de vista, la visión batailleana del hombre se opone a la concepción religiosa del cristianismo. Basada esta última en los postulados teológicos de la patrística, que retomando algunas propuestas de Platón y Aristóteles conciben el cuerpo humano como el defectuoso recipiente del alma. El cuerpo desde entonces soporta la pesada carga del pecado. Porque esa parte de animal que el hombre no puede ocultar y que se manifiesta a través del sexo, representa un grave peligro para el espíritu. De ahí la importancia que reviste el poner coto al deseo y poder de la carne y limitaciones al ejercicio de la corporeidad del hombre con la acusación del pecado y la creación del remordimiento y del sentimiento de culpa. El carácter subversivo de la animalidad que pervive en el hombre, pese a todo, es lo que lleva a la Iglesia a crear el infierno así como a la Santa Inquisición. Y el desprecio de la carne es esencialmente cristiano. La continua exhortación de esa literatura eclesiástica no obedece tanto a que la carne sea despreciable, porque si sólo fuese esa la única razón, bastaría con ignorarla. Esa renuncia se justifica por el hecho de que la carne es terrorífica, característica que dio a una auténtica demonología. Santos y predicadores la representan a base de un inacabable inventario de horrores, males y pesadumbres. Aun cuando la carne lograra escapar a unos y otros, seguiría condenada a podrirse, lo cual demuestra cuánto es, por naturaleza, ajena y hostil a Dios.

En este sentido y tal como lo analiza el filósofo mexicano Díaz de la Serna, para el pensamiento cristiano, la carne cristiana es una carne mancillada y ultrajada, por lo tanto es carne muerta que aspira a condenarse. La meta final es que esta carne desee voluntariamente condenarse. Sin embargo, lo peor no es que la carne se pudra y sea mortal, sino que sea sexuada y por ende transfigurada en el mal. La carne lleva el pecado, como el mar lleva las olas.

Bataille conservó tal vez una sola cosa de esos años en que fue devoto creyente y constante lector de obras pías: la inclinación a representarse la carne con un gesto de asco, con decidida repugnancia. Vio en ella el prelude necesario de la muerte, sosteniendo que a la par de su belleza, es considerable el terror que inspira. Si concediéramos que la carne no es

sucia, ni mancillada, al menos en el sentido en que suelen predicar los defensores de Dios, sí lo es para Bataille en la medida en que anuncia trágicamente que Dios apenas se encuentra como falsa promesa de una realidad inexistente. Dios está muerto, *ergo* Dios se pudre. Dios está muerto cuanto más sucia es la carne, cuanto más está mancillada, cuanto más bella y apetecible es (Díaz de la Serna, 1997: 26).

Al repensar Bataille, lúcidamente, las intrínsecas relaciones entre el cuerpo y el espíritu, hace que la carne recobre su dignidad. Y observa entre las dos entidades una interdependencia que limita el alcance de la soberanía y que solamente la muerte logra disolver. La importancia que reviste la sexualidad para el caso que nos ocupa, radica en significarse como el sustrato potencial del erotismo. Este es al hombre, lo que la sexualidad es al animal.

Lo fundamental es entender que a Bataille no le interesa abordar la sexualidad y el erotismo desde un punto de vista objetivo o desde la epistemología de las ciencias; su análisis y su intención por el contrario, es captar y entender el erotismo como una parte de *la vida interior*, es decir, de la vida religiosa del hombre.

Trilogía de erotismos

En su importante trabajo sobre erotismo, Bataille distingue tres tipos o forma de erotismo: *a) el erotismo de los cuerpos, b) el erotismo de los corazones y c) el erotismo sagrado*. En cada uno de estas manifestaciones lo que está en el fondo es el deseo de sustituir el aislamiento del ser, es decir, su discontinuidad por un sentimiento de continuidad profunda. Pero ninguno de los tres tipos de erotismo logra finalmente ese objetivo, salvo de manera parcial, en cuanto que la continuidad alcanzada por su conducto tiene carácter provisional. Cómo entender entonces la sentencia de Bataille que inscribe al principio de su tratado: *“Puede decirse del erotismo que es la aprobación de la vida hasta en la muerte.”* La duda nos lleva a plantear otra cuestión de similar importancia: ¿Cuáles son los rasgos distintivos de tal “aprobación”? La frase en sí muestra una paradoja. Si se confunde el erotismo con la sexualidad animal y la función biológica reproductora, -como de hecho sucede- entonces resulta contradictorio asociar el erotismo con la muerte. Ya que esta es el fin de toda función vital, biológica y por lo tanto reproductora de vida. Pues siguiendo este hilo discursivo y equívoco, la muerte se opone categóricamente al principio de la reproducción que subyace al erotismo. Sólo bajo este equívoco se

puede interpretar el enunciado de Bataille que sustenta su obra, como una insalvable contradicción.

Sin embargo, nuestro autor es bastante claro al mostrar la diferencia existente entre el erotismo y la sexualidad animal. Al grado de hablar de cierto grado de oposición entre ellos. Aunque debemos reconocer -sin soslayar dicha oposición- que existe una oculta simplicidad entre ellos. El erotismo no puede negar la sexualidad animal, pues esta se significa como su fundamento y origen. El erotismo del hombre difiere de la sexualidad animal en que pone *la vida interior* en cuestión, y únicamente la conciencia tiene acceso al cuestionamiento interior del sujeto. Esta aprobación de la vida –incluso en la muerte- es también un desafío persistente; tanto en el erotismo de los cuerpos, como en el de los corazones; es desafío por, por indiferencia de la muerte.

La vida es acceso al ser. Si la vida es mortal, la continuidad del ser no lo es. El erotismo abre hacia la muerte. La muerte es un acceso a la negación de la duración individual. De tal forma que el movimiento del amor, que desencadena la violencia individual en cada cuerpo, llevado al extremo, es un movimiento de muerte. Tanto el erotismo como la muerte tienen en su fundamento la violencia. Los dos comparten la experiencia de un estallido, de una violencia en el momento en que explotan. Es entonces que la carne se precipita en el abismo del abandono. En el instante de la máxima violencia compartida, se recupera la continuidad y se pierde la conciencia de sí. Estamos fuera de nosotros y fuera del mundo, estamos también más allá del objeto del deseo. Somos pura energía que se consume gratuitamente, sin ningún fin. Es el derroche de energía y el despilfarro inútil. Es la culminación del sacrificio gratuito iniciado en el juego erótico. De esta manera llegamos a la cúspide de la perfecta animalidad, en palabras de Bataille, alcanzamos el estatus de la santidad. Es por ello que se afirma categóricamente, siguiendo a nuestro autor, que la animalidad es sagrada. En ese abandono consciente y voluntaria de la realidad profana, la pérdida es una recuperación de la sacralidad abandonada en el trajín de la vida cotidiana.

El paso del erotismo a la santidad planteada por Bataille tiene un profundo sentido. Es el paso de lo que es maldito y rechazado, a lo que es fasto y bendito. Por un lado, el erotismo es la falta solitaria, lo que no nos salva más que en la euforia de una ilusión, ya que es definitiva. Lo que en el erotismo nos llevó al grado extremo de intensidad, nos condena al mismo tiempo, a la maldición de la soledad.

El erotismo conlleva de una manera fundamental, el sentido de la muerte. El que capta un instante el valor del erotismo, se da cuenta en seguida, de que este valor es el de la muerte. Es un valor tal vez, pero la soledad lo ahoga. El sentido último del erotismo es la fusión, la supresión de los límites. En ese movimiento coincide con la muerte y se confunden en el mismo arrebatado. Ahora bien, tanto el erotismo de los cuerpos como el de los corazones son diferenciados del erotismo sagrado, debido a que ni los cuerpos ni los corazones pertenecen a la esfera, propiamente dicho, de lo sagrado.

Conclusiones

Nuestra referencia a la obra narrativa de Bataille, no es impertinente ni gratuita, sino que obedece a la intención de mostrar que entre su trabajo narrativo y su obra reflexiva no existe una tajante delimitación. No se percibe tampoco una débil continuidad temática, sino al contrario, vemos que en las acciones y esbozo de sus personajes perviven las tesis que le dan sustento a sus propuestas filosóficas. Los postulados que podemos clasificar como producto de la meditación, se encuentran plasmados y desarrollados literariamente en las obras narrativas.

La tarea de Bataille se dirigirá a crear esos estados extremos dentro de los que se encuentra una ausencia de significación que permita mostrar lo ininteligible. Al ser expresados, se convierten siempre en una positividad, en una forma que se sirve de los términos de la razón y lo que él busca es permanecer en lo negativo, quedarse inmóvil o encontrar un movimiento que reproduzca el carácter de la inmovilidad, para mostrar y hacernos sentir y compartir -por medio de nuestras sensaciones- aquello que se expresa a sí mismo como una pura negación. Mantenerse dentro de esa pura negación es un equivalente del silencio. Para convertir el silencio en voz, se requiere traicionar ese silencio. Y Bataille se debate en este contrasentido: cuando acceda el éxito como narrador, habrá fracasado la intención de aquello que narra.

Referencias

- _____. (1985) *El erotismo*. Barcelona, España. Tusquets editores.
- _____. (1996) *Lo que entiendo por soberanía*. Barcelona, España. Paidós Ibérica.
- _____. (1997) *La literatura y el mal*. Madrid, España. Taurus ediciones.
- _____. (2001) *La oscuridad no miente*. México. Taurus.
- Díaz de la Serna, Ignacio. (1997) *Del desorden de Dios. Ensayos sobre Georges Bataille*. México. Taurus.
- García Ponce, Juan. (1988) *Imágenes y visiones*. México. Editorial Vuelta.